

La vuelta

Antes de llegar a la esquina se arrepintió. Paró el burro y se quedó mirando su casa. Quería llegar, pero no. No se sentía bien. Pensaba en lo que le iba a decir a su mujer y quería regresarse. Nunca llegaba temprano y siempre traía su carga de leña. Ahora, venía con una sola mano y la otra la sentía pesada. Los dedos estaban morados y adormecidos. Se la había amarrado tan fuerte que le venía ciñendo.

Luego, quiso mover la mano y no pudo. Apretó las costillas al burro y siguió de frente. Pensó en lo que diría su mujer y se dijo “Sí... Sí me va a creer. Le digo que mañana voy a la playa y le traigo su carga de leña. Y si no, pues vamos los dos.”

Cuando entró a la puerta, miró a su mujer lavando la ropa y comenzó a dolerle la mano. Todos se acomodaron para saludarlo. Los perros se quitaron la cola y las gallinas pusieron un huevo. En el corral, una marrana gritó enojada por el calor sofocante. La única sorprendida fue su mujer.

—Y ahora, ¿Qué te pasó?— Le preguntó preocupada.

—No, nada. Por poco y me muero.— Contestó arrugando la cara

—Va ¿De qué?— Insistió.

—Pues que no ves—. Le enseñó la mano y prosiguió a explicarle.

—Me picó y tuve que cortarme el dedo. Lo bueno que me lo corté luego, luego.

Mientras le explicaba, su mujer se le quedaba viendo a la mano. Parecía que buscaba el dedo detrás de la mano. La noticia se fue corriendo de casa en casa pero no se sabía nada. Sólo sentían curiosidad como los gatos monteses. No se supo de dónde vino la pregunta de su mujer, sólo se acuerda que le decía: — ¿Y el dedo? ¿Lo enterraste? —No, no lo enterré. Me vine pronto para verte. Sentí que me iba a morir y me vine pronto. Tú sabes. Con eso de que se está muriendo la gente. Mejor me vine. No quería quedarme. Luego, me acordé de mis hijos y de ti y pues no quería morir solo. Pero creo que estoy bien. Conforme me picó, luego, luego me di el machetazo. Ya en el camino me amarré la mano. Yo creo que voy a estar bien.

—Pero el dedo, ¿En dónde lo dejaste? Tú sabes que si no lo entierras, te puede pasar algo. Acuérdate del compadre cuando se cortó la oreja. Una hormiga se le metió y quedó como loco. Será mejor que lo vayas a traer y lo enterramos en una esquina de la casa.

El hombre, convencido, miró para abajo para ver su sombra pero no vio nada. Serían las doce como en el mes de mayo, cuando la tierra se esponja como la mujer preñada. Se puso el sombrero y le pidió a su hijo, el mayor, que fuera con él. Se montó en el burro y se devolvió recogiendo sus pasos. Iba al encuentro del camino, en donde,

horas atrás venteó la muerte de cerca mientras se agachaba a beber agua.

Siguió callado por todo el camino como recordando los años venideros. En los ojos sentía el cansancio y en el alma no sentía nada. Le quería hablar a su hijo del miedo de los hombres y del hambre que enflaquece a la ilusión. Pero la montaña se quedó sin monte y el hombre se quedó añorando la libertad. De momento, se sentía de espaldas ante el regreso del camino y sacaba la mano para no caerse.

“Ahora me acuerdo bien. Mientras, me agachaba a tomar agua, no la vi. Solo sentí que le toqué la cola antes de morderme. Pero no la vi. Lo que sí vi, fue lo mío. Ojalá que todavía esté allí”.

Se bajó su hijo y luego él. Tomó unos pasos y se encaminó. El miedo lo agarró de las rodillas y los ojos se buscaron en la tierra. Ya había llegado. Se agachó despacio para recogerlo. Enfrente de él, un dedo hinchado y nada más. De pronto, pareció no reconocerlo y decidió. El dedo se escapó. Al tocarse la cara, sólo sintió la oscuridad de los ojos. Quiso escupir pero no arrojó nada.

Se devolvió a su hijo con ganas de correr. Ya la sentía por debajo del ombligo mordiéndole los hijos. De repente, se desprendió embistiendo la subida como el aire de Comala. El sol se dejó caer boca abajo y su angustia se prendió por todas partes hasta dejar la montaña colorada de hojas blancas. No podía ver y chocaba con los árboles.

Su hijo lo encontró picando la tierra. Él también sabía. Se miraron a los ojos en la calle del recuerdo y escribieron un abrazo en la garganta. Él se acercó y le pintó una cruz en la mirada mientras decía: —Hijo, ayúdame—. Se bajó de las dos piedras y se encaminó detrás de la serpiente.

Crescencio López

Crítica

En su cuento “La vuelta”, Crescencio López emplea un lenguaje repleto de imágenes que hacen casi palpable la realidad de un hombre que está a punto de morir. A simple vista, su lenguaje es sencillo, no obstante López incluye efectivamente figuras oblicuas, lógicas, patéticas y de dicción. La paranomasia, la perífrasis, el símil y la prosopopeya se mezclan con el lenguaje coloquial del protagonista y de su esposa creando un efecto melódico, casi poético.

Asimismo, la combinación del diálogo, de la narración y del monólogo interior, permite que se yuxtaponga de una manera sobresaliente la realidad con el realismo mágico. Dicho realismo mágico es palpable en el mismo dedo del protagonista, el cual se escapa para evitar ser enterrado. Se observa también en la culebra, que más que un animal, parece un espíritu que se apodera del cuerpo y de la mente del protagonista.

Este cuento también goza de una semejanza con “El hombre Muerto” de Horacio

Quiroga, en que el tiempo se expande y se detiene al describir las acciones y los pensamientos de un hombre que está a punto de expirar. No obstante, López aumenta la angustia del protagonista al privarlo también de la vista en sus últimos momentos de vida, creando una sensación de extravío, de desconsuelo, de añoranza y al mismo tiempo de ternura, al dedicar sus momentos postreros a bendecir a su hijo e implorar su ayuda.

Judith Caballero